

Dos opiniones

Cuando mi padre estaba en prisión, mi madre nos llevaba a visitarlo. Cuando lo encarcelaron por primera vez yo tenía nueve años y mi hermana seis. Algunos de los amigos de mi madre pensaban que llevarnos era una mala idea.

—Las chicas tienen que saber —decía mi madre—. No son tan chicas. ¿Y por qué le haría eso a Joe?

Mi padre estaba en Danbury, Connecticut, una prisión que mi madre aseguraba era mejor que muchos otros lugares, y él estaba ahí por principios. Sabía lo que eran los principios. Estaba en contra de la guerra, a pesar de que odiaba a Hitler e Hirohito como cualquiera; estaba en contra de cualquier guerra que librasen los gobiernos. Estaba en contra de los gobiernos. Era anarquista. Otras personas que mis padres conocían entraron al ejército como médicos o cumplieron funciones en campamentos especiales, pero no mi papá, él se negó incluso a inscribirse en el registro obligatorio de reclutamiento, antes de que la guerra empezara. Yo tenía cierta idea de lo que significaba la inscripción, pero mi hermana no.

Mi madre nos hacía vestirnos bien para el viaje de dos horas en autobús, con faldas tableadas y unas merceditas, como si viajáramos todo ese trayecto desde Manhattan para visitar a familiares lejanos, que en realidad era lo que hacíamos. Por supuesto, jamás pensamos en nuestro padre de esa forma, y Barbara, mi hermana, chilló la primera vez que lo vio con el uniforme marrón y la boca apretada, sin expresión alguna.

—Que se quede callada —dijo el guardia—. O sáquela de aquí. Lo diré solo una vez.

Mi padre puso una cara que jamás le había visto, como una mueca de mortificación. Hice un gesto como de cerrar un cierre sobre los labios de mi hermana, sellándolos.

—Hola, pastelitos —nos dijo.

Estábamos en la sala de visitas, había unas cuantas sillas de madera y varias familias viviendo sus propios dramas. Nuestra madre nos hizo contarle cómo nos iba en la escuela. Barbara había aprendido las capitales estatales y yo había salido segunda en el concurso de deletreo, me ganó Maxie Pfeiffer, que se creía la mejor del mundo.

—El segundo lugar está muy bien —dijo mi padre.

No podíamos llevar crayones ni lápices ni juguetes a esa sala, así que cuando mi madre quería hablar cosas de adultos, me decía que llevara a mi hermana a un rincón y le contara cuentos para entretenerla.

—Puedes hacerlo, Louise —me decía.

La primera vez nos sentamos en ese lastimoso piso de vinilo e inventé una historia sobre un elfo azul que no tenía el menor sentido. Barbara simuló disfrutarla.

—Pórtense bien, gatitas —dijo mi padre mientras nos íbamos.

En el autobús de vuelta a casa, mi madre abrió una bolsa con sorpresas: apios rellenos con queso crema, sándwiches de jamón y pepino, brownies caseros, cuadraditos de dátiles y un termo con limonada. Estábamos muy entusiasmadas, todo el viaje parecía haber valido la pena solo para que pudiéramos comer todo eso.

Aprendimos a esperar una recompensa en cada viaje, donaciones de amigos o cosas horneadas por nuestra laboriosa madre la noche anterior. Mi papá tenía permitido vernos una hora por mes, que podían dividirse en dos visitas de media hora. Las visitas tenían cosas desagradables: nuestra madre pasaba detrás de una cortina para que la cachearan; uno de los reclusos lucía como una pantera; y los guardias nos cerraban el paso y nos hacían regresar

a casa si llegábamos cuatro minutos tarde. Así y todo, nos hacía ilusión. Allí, nuestro padre era más parco que en casa —no había juegos bruscos, nada de cosquillas—, pero le gustaba burlarse de nuestros pies grandes o decirnos que éramos más hermosas que Lana Turner; su voz seguía siendo inconfundible.

El problema eran los chicos en la escuela. A mi padre no le importaba si el enemigo bombardeaba y quemaba y disparaba a todos en su país. No le importaba quiénes morían de entre todos los hermanos y padres que peleaban por nosotros. Escuchaba esto todo el día, todos los días, de parte de chicos que no conocía y de chicos que sí conocía.

—Es mi *padre* —decía.

Maxie Pfeiffer desafió a otra chica a que me golpeará en el estómago. Me habían enseñado a no devolver los golpes, y mi intento de cubrirme con las manos lo único que logró fue que todos se rieran. Una maestra nos separó y envió a la chica a hablar con el director (Maxie se libró del castigo), pero nunca estuve a salvo en la escuela. Barbara tampoco la tuvo fácil. Una vez le tiraron una bolsa con caca de perro en la espalda.

La familia de mi amiga Ruthie no dejó que yo siguiera yendo a su departamento. Ruthie dijo:

—¿Tu padre *quiere* matarnos? Somos judíos ¿sabes?

—Lo sé —dije—. Te conozco desde los cinco.

Sus padres tampoco la dejaban venir a casa, pero éramos lo suficientemente grandes para ir al parque de Washington Square solas, donde continuamos nuestros juegos de vaqueras y caballos fugitivos al que jugamos durante años. Había un cuadrado de césped al otro lado de la fuente que nos gustaba especialmente, y nos encontrábamos ahí sin importar el clima, y deambulábamos por el parque con orejeras.

A medida que el tiempo pasaba, nada de esto se calmó. A mi padre lo sentenciaron a un año, y cuando volvió a casa,

mi hermana se sentaba sobre su regazo cada vez que él tomaba asiento y yo siempre hacía mi número de tap-dance para él. Lo perseguía sin parar con mi rutina de "Shuffle Off to Buffalo". Hubo una gran fiesta para celebrar su regreso, con música en la victrola. Mi madre no paraba de reír. Siguió trabajando en el empleo que había conseguido, dibujando publicidades para una tienda departamental de Brooklyn, y nuestro papá se quedaba bastante en casa, donde leía mucho. No entendí lo que sucedió después. La ley exigía que se registrara como conscripto. ¿No les había explicado ya? Tuvo que explicárselos otra vez. Estuvo en casa seis meses y luego volvió a prisión.

Mi hermana Barbara estaba hecha una piltrafa, así que yo tenía que evitar ser una piltrafa también. Ignoré sus lloriqueos estúpidos y me comporté muy recta y obediente, lo que fue una buena idea, después de un tiempo empezó a querer imitarme y dejó de ser tan malcriada. Mi madre empezó a ir a la prisión sin nosotras. Y durante su segundo año allí, papá se unió a una huelga porque no le gustaba que los hombres de color tuvieran que sentarse en un sector aparte en el comedor (mi padre les dijo *a los guardias* que no trabajaría) y el asunto duró meses, y ninguna de nosotras pudo verlo.

*

Era adolescente y la guerra había terminado para cuando liberaron a mi padre. Antes de aquello, había sido un hombre conversador; volvió apesadumbrado y vencido, un padre fantasma. Pero luego, semana a semana, empezó a parecerse más a su antiguo yo y a estar más animado, nos hablaba más seguido y en un tono de voz más alto. A veces era mandón como nunca había sido, y revisaba que hubiéramos tendido nuestras camas, o nos hacía esperar a que nuestra madre se sentara a la mesa

para empezar a comer. Desde entonces le teníamos un poco de miedo.

Mientras tanto, yo empezaba a pensar en chicos. En la secundaria, la gente no olvidó que mi padre había ayudado al enemigo, pero algunos chicos decidieron que eso no era culpa mía. Me gustaban casi todos los chicos a los que yo les gustaba; no podía superar la emoción que me generaba ese interés, aunque me habían criado para que fuera una persona seria.

Varios chicos coqueteaban conmigo después de la escuela o se me acercaban en el subterráneo de regreso a casa, pero no sucedió nada hasta que hubo una discusión entre el plantel del periódico escolar sobre si hacía falta otro artículo sobre la etiqueta del baile de graduación, y un chico y yo estábamos del mismo lado (en contra). Era un tipo taciturno, con un desarrollado sentido de la ironía, algo que me atraía mucho. Mientras caminábamos por la calle después de la reunión del periódico (nuestro bando había perdido), hicimos una parodia sobre un estudiante medio sonso que ofrecía un prendedor en forma de ramillete a su cita y le terminaba clavando el alfiler. Me agarré el pecho y me sostuve de un semáforo, para representar mi herida. Él hizo como que me cargaba por la calle, y toda esa tontería me resultó extremadamente interesante.

¿Cómo se llamaba? Ted Pfeiffer. ¡Era el hermano mayor de Maxie Pfeiffer! Esa vuelta del destino no fue tan sorpresiva como el otro hecho que descubrí ese mismo día: su padre había muerto durante el último año de la guerra.

—Conozco a tu hermana —le dije.

—Es completamente insoportable —dijo.

Recién en nuestra tercera salida al cine intentó besarme, algo que yo no pretendía evitar, y emergimos de la sala con las caras coloradas y desdibujadas por el besuqueo, como una pareja absolutamente eufórica, cuando me confesó que en realidad no había querido empezar a salir conmigo por mi padre.

—Pero tú no eres él —dijo—. ¿O sí?

Ni siquiera me detuve un segundo a meditar. No me resistí ni intenté explicarle o defender a mi familia.

—No, no lo soy —dije—. Definitivamente no.

Habría dicho cualquier cosa con tal de que se quedara conmigo, para asegurarme de que no cambiara de opinión, y a lo mejor hasta tuve suerte de que no preguntara algo peor, porque, lo sabía, ese sería el comienzo de una nueva vida para mí. Cuando volví a entrar al departamento, miré a mi madre, que se había quedado dormida en el sofá esperándome, y pensé: *este departamento es una porquería*. Y en la habitación que compartía con mi hermana, le espeté a Barbara cuando se despertó:

—Deja de mirarme. Me da asco cómo me miras.

Por un largo tiempo, sostuve lo que consideraba dos opiniones. Con mis padres, estaba completamente en contra de la Guerra y de todas las guerras. ¿Qué podía haber de bueno en un hecho que involucraba millones y millones de personas marchando con el único propósito de matar a la mayor cantidad de gente posible? No podía creer que una carnicería tal fuera *aceptable*, que siempre hubiera sido aceptable. Era la más horrible de todas las atrocidades. Estaba orgullosa de mi padre por no convalidar nada de todo eso. Por otro lado, todos habíamos visto las fotos de los campos de concentración en Europa, después de que nuestros soldados los liberaran, los esqueletos vivientes en medio de pilas de cadáveres, ¿qué hubiera pasado si nuestro bando no ganaba? ¿Había una forma pacífica de detener a gente capaz de hacer algo así? No me molestaba tener dos puntos de vista. Hacía que las charlas con mis amigos fueran más fáciles (especialmente con Ruthie) y demostraba que era lo suficientemente inteligente como para pensar más de una cosa al mismo tiempo. ¿O acaso no era ese un indicio de una mente superior?

—Está bien tener dos opiniones —decía mi madre—, si lo único que te interesa es opinar.

Pensé que mi madre, típico de ella, estaba haciendo que todo fuera más difícil de lo necesario. Mientras tanto, Ted y yo nos llevábamos extremadamente bien. Nos moríamos de risa en las reuniones del periódico, hablábamos de lo imbécil que era la mayoría de las personas en la escuela. Discutíamos sobre si Tolstoi era mejor que Dostoievski (yo dije: “Tolstoi tiene más *volumen*”) y coincidimos en que William Dean Howells era realmente aburrido. Y él caminaba conmigo entre clase y clase, lo que era señal de que me prestaba mucha atención. *Así es la vida real*, pensaba mientras caminaba con él por los pasillos, *y por fin la estoy viviendo*. Incluso Maxie empezó a portarse mejor conmigo.

Una vez, mientras me quejaba de una repentina ola de calor en mayo, Ted me dijo:

—A mi padre siempre le gustó el calor.

Había dejado de sentir que me echaba la culpa por la muerte de su padre, y había pasado a sentir otra cosa, una envidia respecto de lo que Ted sabía sobre la muerte.

—Tendría que gustarte el clima cálido también —le dije—. Como homenaje.

Asintió, le gustaba que diera lugar a esos momentos de conmemoración.

Nos besábamos mucho. Apenas tenía dieciséis, no pensaba que fuéramos a tener sexo —ni él me lo demandaba—, pero nos movíamos en una exquisita área fronteriza, y nos hicimos expertos en cada uno de sus excitantes aspectos. Qué parsimoniosos y pacientes éramos entonces, y cuán cuidadosos nuestros esfuerzos. Era el dulce deseo de los inocentes con todos sus arrebatos, gemidos y revelaciones.

Él estaba dos años adelante en el colegio, y yo no tenía buenos presentimientos sobre su graduación, aunque le regalé una

muy buena edición de *Resurrección*, de Tolstoi. No me gustó la forma en que me agradeció diciendo:

—Espero tener tiempo para leerlo.

Iba a ir al City College, apenas unas estaciones de subterráneo al norte, pero tenía razones para pensar que se me escaparía.

Y no me equivocaba. Empezó a salir con una chica de su clase de Civilización Occidental, y luego, aún peor, con una rubia que trabajaba en la biblioteca. Decidió que no teníamos que “encerrarnos” y que yo era “libre” de salir con otras personas. Durante este discursito, se lo veía adusto y ofendido por tener que aclararlo siquiera.

—Gracias por otorgarme mi libertad —le dije.

La ironía no resultó efectiva en lo más mínimo.

¿Qué podía hacer? Quería pelear por él, pelearía fuerte y sin escrúpulos si hacía falta. Tenía mi orgullo y me habían criado de cierta manera, pero no tuve ningún reparo en usar a Maxie. No fue nada truculento, pero la incité a inventar sobrenombres maliciosos (Ojos de sapo, La remilgada) y a usar su talento para la imitación para que me contara todo después la visita de la pobre novia para conocer a la familia. Maxie aseguraba que la chica había dicho cosas como “*adoro* la carne al horno” y Maxie se ponía a *adorar* todo lo que estuviera a la vista durante semanas.

Mi trabajo era ser la incondicional. Si me lo cruzaba (Maxie me ayudaba con estas cosas) me mostraba amistosa, directa, en calma.

—Qué bueno verte, Ted. ¿Todo bien?

Siempre leal. Muy, muy cálida.

A mi madre no le enorgullecía mi estrategia.

—¿Qué ganas haciendo trampa? —preguntaba.

—No es trampa —decía—. Además, en el amor y en la guerra todo vale.

—Ay, Louise —decía ella—. ¿Estás escuchando lo que dices?

Pasé dos años de mi adolescencia empantanada en la furia de no poder estar con él, enfrascada en especulaciones agónicas sobre mi futuro. Tenía una claridad constante sobre lo que necesitaba, cada célula de mi cuerpo obsesionada con esa certeza. No tenía forma de saber si lo lograría. Todas esas noches de arrebato imaginario ¿serían para nada? Mi amiga Ruthie, que todavía no había concretado nada en el rubro amoroso, envidiaba mi sufrimiento, y probablemente pensaba que era mejor haber amado y sufrido que jamás haber amado, pero yo no coincidía. Y además no tenía plan B. Cuando Ruthie me dijo:

—Podrías conquistar a Alan Brody si quisieras.

Respondí:

—¡No! Gracias, pero no.

No había lugar para compensaciones ni renunciaciones. Sabía lo que sabía. Aguanté mis pesares, tenía que cultivar mi resistencia.

En mi último año de colegio trabajé en la pastelería del barrio después de clases. Se llamaba *Lo de la señora Plymouth*, un local pintoresco que hacía tortas de coco enormes con capas amarillas de caramelo. La gente todavía recordaba los racionamientos de manteca y azúcar durante los últimos años de la guerra, y apreciaban la coquetería de lo que vendíamos. Mi sueldo sirvió para ayudar al alicaído presupuesto familiar; mi padre había conseguido trabajo en una imprenta, pero siempre debíamos alguna factura.

Le dije a mi madre que podría ganar más dinero como empleada administrativa una vez que terminara la escuela. Un montón de chicas igual de inteligentes que yo tenían trabajos así y (esto no lo dije) de todos modos esperaba casarme dentro de poco. Ninguno de mis padres había ido a la universidad, pero mi padre tenía puestas sus esperanzas en que yo obtuviera un título, y su maltrecho corazón era sagrado para nosotras. Mi madre

pensaba que debía ir a Hunter (un lugar solo para mujeres) y no al City College, donde me encontraría con ya-saben-quién.

Me encontré con él de todos modos, en la pastelería, donde simuló estar sorprendido de verme.

—¡Ey! —dijo—. ¿Qué tal?

—No podría estar mejor —dije—. Estoy en un *gran* momento. Creo que voy a ir a Hawái. A apoyar a los estibadores portuarios en huelga.

—¡Hawái! ¿Y cómo piensas llegar hasta allá?

—Hay formas. Tengo unos amigos.

—¿Qué amigos?

—Oh, ya sabes cómo es. ¿La universidad bien?

Me habían criado para que siempre, pero siempre, fuera sincera y me negué a decir una palabra más, sabiendo que no era una mentirosa competente.

—Olvida que lo mencioné —dije—. ¿Lo prometes? Por favor.

—Así que Hawái, eh —dijo él.

—Olvida lo que dije —y le ofrecí mi mirada más dulce y radiante—. ¿Tus cosas bien?

E inmediatamente me fui a atender a otra persona.

No tenía trucos bajo la manga, nada planeado, pero sabía que adularlo y suplicarle no era sexy para nada. Esa noche me llamó por teléfono, trataba de averiguar con quién me estaba viendo. Le permití que me convenciera de renunciar a mi plan falso de ir a Hawái, y ese fue el comienzo de nuestro reencuentro.

Ningún triunfo habría sido más puro, más glorioso, que el que sentí en esos primeros días después de haberlo recuperado. Me regodeaba en la victoria, iba por ahí dándole a mi hermana los consejos más trillados sobre la vida y el amor: “Si tiene que pasar, va a pasar”. “El que sabe, sabe”. La madre de él estaba poco entusiasmada con mi regreso y solía referirse a mis padres como

“los rojos”, sin importar cuántas veces le explicara que eran anarquistas, no marxistas —¡la bandera negra, no la roja!—, y que sus acciones, en esa época, se limitaban a unirse a protestas de los sindicatos, algo completamente legal. Solía ir a las manifestaciones con ellos (siempre fue una actividad familiar), pero no me gustaba cantar. “Son solo eslóganes”, solía decir.

—¿Cuáles son *tus* convicciones? —me preguntó mi madre.

La verdad era que quería ser normal. Quería la comodidad de la vida privada. ¿Por qué aquello no podía estar a mi alcance? ¿Por qué tenía que renunciar a eso?

—Creo en la *gente* —dije.

—¿Y eso qué significa? —preguntó mi madre—. Crees que puedes arreglártelas sin ideas, pero no funciona así.

Duré un año y medio en la universidad y luego Ted y yo nos casamos. Fue tan idea suya como mía. Su vida amorosa lo había precavido sobre los riesgos de terminar con alguna melosa, malcriada, superficial o estúpida. Y yo estaba lejos de ser cualquiera de esas cosas. Una vez que nos comprometimos, tuvimos sexo de forma abundante pero respetuosa. Me miraba fijo después, los ojos hundidos en sus cuencas, sin los anteojos, y sus facciones se suavizaban y un poco se hinchaban, casi como si su cara se desnudara ante mí. Estaba encantada conmigo misma, aunque ya estaba encantada antes de que hiciéramos nada.

Mis padres estaban en contra de que me casara con Ted. Mi madre dijo:

—Te estás vendiendo al primer postor.

Algo sorprendentemente malicioso de su parte. Pero me organizaron una boda decente, nada complicado, con unos lindos ramos de claveles rosados y una torta de verdad de la pastelería. Todos nos amuchamos en nuestra sala de estar, y ofició la ceremonia un ministro unitarista, algo que no conformaba

a ninguna de las partes, y yo usé un vestido que había cosido usando patrones, con un escote festoneado, falda fruncida y confeccionado en organdí suizo con lunares, blanco sobre blanco. Me veía bien con ese vestido.

Ted consiguió graduarse un semestre antes mientras la ciudad transitaba un invierno desolador. Nos mudamos a un edificio en el Lower East Side, con una calefacción penosa, y trabajé muchísimo para que se viera agradable. Pagábamos el alquiler con el nuevo trabajo de Ted como profesor de literatura en la secundaria, y a mí me gustaba revisar el presupuesto del hogar y gastar de forma inteligente.

En mi familia no estaban impresionados con las cortinas que había hecho, de un tejido flameado, elegante, color crema.

—Veo que te tomaste mucho trabajo —dijo mi madre, sin ocultar su desagrado.

—¿No es esto por lo que tanto luchaste? —dije—. ¿Paz y salarios dignos, que cada familia pueda ganar su sustento?

—Luchamos por la *libertad* —dijo mi hermana—. No por dos tacitas haciendo juego.

Pero les gané a todos, porque era feliz.

Ted regresaba a casa todos los días después de ejercer su rol de “sustituto permanente” en cinco cursos de literatura distintos —por Dios, cinco— para alumnos de noveno y décimo grado en el Brooklyn profundo, y se lo tomaba con mucha gracia. Nos moríamos de risa de sus alocadas interpretaciones de *Silas Marner*, de George Eliot, y de las oraciones que escribían, y yo me indignaba cuando me contaba sobre las indicaciones absurdas del director, y en ese espíritu de camaradería comíamos platos excelentes y para el postre yo ya estaba discuriendo sobre por qué Pearl Buck me parecía una escritora mediocre o

cómo Tolstoi podía meterse en la cabeza de cualquier personaje. Tenía mucho tiempo para leer.

En la cama también era feliz. Tenía una vida de placeres animales, un día por delante con tareas sencillas y un marido que me trataba bien. Me sentía en estado puro en nuestro departamentito en un quinto piso por escaleras, con sus caños de plomo que tintineaban y sus paredes torcidas. Era alguien con buenas intuiciones respecto de lo que era esencial. Tenía lo que quería. ¿Cuántas personas podían decir lo mismo?

Ni siquiera me molestaba el verano, cuando nuestro estrecho departamentito se sentía como un horno y dormíamos en la escalera de incendios. Ted daba clases en la escuela de verano para ganar más dinero, y en esos días iba sola a la piscina municipal de la calle Carmine, cerca de donde solía vivir. La piscina se llenaba tanto que se sentía como nadar en el subterráneo, pero veía a Ruthie y a las otras chicas del colegio. Me sentía más adulta, más calma, menos tensa que ellas. Me tiraba sobre una toalla con mi traje de baño y era muy consciente de que mi cuerpo no era el de una virgen.

En la escuela de verano donde Ted daba clases iban a parar todos los alumnos que habían reprobado, y le tocó séptimo grado (un año para el que no tenía certificación), una edad pesadillesca. Eran criaturas indomables y gritonas. No había forma de interesarlos en la poesía de Oliver Wendell Holmes o en la concordancia verbal. Siempre estaban hablando o comiendo caramelos o pasándose notitas o muriéndose de risa de vaya a saber quién.

Una noche, Ted me contó que había diseñado un “plan de domesticación”. Les dijo que cualquier alumno que señalara a otro alumno mientras comía en clase o se pasaba una nota sería recompensado con un decimal extra en su próxima calificación.

—¿Les estás enseñando a que se delaten los unos a los otros?
—pregunté.

—Les estoy enseñando que sean leales a mí antes que a nada.

—Eso es fascismo —le dije.

Él se rio.

En mi familia, delatar era considerado lo peor de lo peor. Mi padre sobrevivió a la prisión por no quebrar la solidaridad con los otros reclusos y por negarse a obtener favores especiales de los guardias, para que no pensarán que era un espía, y en los años sucesivos, varios de sus amigos habían ido a prisión (y no solo por unos meses) por negarse a dar nombres de personas que pudieran ser miembros de los así llamados “frentes comunistas”.

—Así que los sobornas para que se delaten entre ellos —dije—. ¿Y además vas a darle una calificación que no les corresponde, con decimales?

—No tienes la menor idea de cómo mantener una clase bajo control —me dijo—. Ni la menor idea, ¿o sí?

Ted llegó a casa al día siguiente y dijo:

—Jaja. ¡Está funcionando!

Tres chicos habían sido señalados por comer de una bolsa de caramelos. Envié a los tres a la oficina del director mientras que Ricky, el chico que los había delatado, se había pasado todo el día regodeándose en su pupitre.

Cuando los chicos volvieron al aula al día siguiente, le robaron los zapatos a Ricky, le rompieron la camisa, y luego aseguraron que habían encontrado una barrita de chocolate a medio comer sobre su pupitre.

—¡Aquí está la evidencia! ¡Usted dijo que tenía que haber evidencia!

Ted llevó a los cuatro, en medio de quejas, a la oficina del director. Todo estuvo bien, excepto que el director se le acercó al final del día para preguntarle por qué estaba teniendo tantos problemas.

—Oh, oh —dije.

—Tengo que pensar en otros castigos.

¿Tenía que qué? Me di cuenta de que no lo conocía tan bien, lo que me hizo sentir realmente estúpida. No lo había visto de esa manera antes porque nunca lo había mirado de cerca cuando sufría un revés. Estaba perdiendo a su clase, se notaba.

El castigo que “inventó” fue bajarles la nota, y el verano se convirtió en un torneo de puntuación fluctuante, una maraña de cálculos y mezquindades y combates que no llevaban a ninguna parte. Solía contarme sobre su progreso a menudo, y nunca podía seguir del todo lo que me contaba. Sentí lástima por él, por su jactancia y por lo inútiles que resultaban sus esfuerzos. ¿A quién quería engañar?

Empecé a sentir cada vez más lástima de mí misma. No es que hubiera mucho que hacer al respecto, pero ¿por qué esperaba al final de cada día, con la cena en el horno, una conversación de la que en realidad quería huir? El sistema no funcionaba si yo no creía en él. Todo me parecía ridículo, incluso las cortinas con las que había estado tan entusiasmada.

¿Y quién me creía que era? “Pies de barro” habría dicho cualquiera si se me ocurría quejarme de mi esposo. Apenas un bache en el largo y ondulante trecho del matrimonio. Mi madre lo intuía (y yo no quería que lo intuyera), me daba cuenta por la forma en que me miraba y me palmeaba suavemente la mano. Le dije que no estaba embarazada, si era eso lo que le preocupaba.

Todavía teníamos sexo, y tampoco es que odiara el sexo. Pero se había convertido en una instancia de excitación privada,

como si gimiera para mis adentros. Qué mentirosa me estaba volviendo, en todos los frentes, asustadiza y egoísta al mismo tiempo. Ted un poco lo sabía, pero solo un poco. Algunas mujeres siguen enamoradas de sus esposos aunque les peguen, las engañen con otras mujeres o las humillen en público. No se podía culpar a Ted de nada de eso, no hacía otra cosa que ser un maestro novato e incompetente. Yo lo sabía y me lo repetía cada vez.

Terminada la escuela de verano, Ted tuvo un breve período de vacaciones en el momento más caluroso de agosto. Arrastraba una silla de la cocina hasta la escalera de incendios y se sentaba a leer en musculosa. ¿No quería ir a la playa? ¿Quizás ir hasta el Central Park? No quería hacer nada.

—¿Qué sentido tiene? —decía.

Leía periódicos todo el día, leía revistas escritas para gente más estúpida que él.

—Ve a nadar con tus amigas —me decía—. Acá estoy bien.

Cuando la piscina cerró durante la semana anual de mantenimiento, me quedé sentada con Ted en la escalera de incendios, pero él no quería conversar para nada. Y no quería oír la radio sonar desde la cocina tampoco. Tchaikovsky: no. Fats Domino: no.

—Ese trabajo sí que te agotó —dije.

—¿Por qué te importa? —preguntó él.

Yo había propiciado ese estado de irritada melancolía, esta derrota. Él sabía.

Siempre me habían dicho que la verdad te libera, pero no era eso lo que estaba haciendo en nuestro caso. Él se había convertido en un hombre que apenas se podía mover debido al peso de la verdad. Su cuerpo transpirado parecía el de un jorobado mientras leía. Pasaban horas sin que levantara la cabeza. ¿Quién lo había hecho sufrir? Quería golpear en la nariz a quien lo hubiera hecho.

—¿No solías pescar en el parque con tu papá? —pregunté—. ¿No te gustaría ir al lago alguna vez?

—Apuesto a que tu papá no pescaba. No habría querido matar ni a una mojarra.

—Los anarquistas *solían* ser muy violentos, algunos. Mi padre es una versión evolucionada.

—¿Por qué no te casaste con él, entonces?

Se me cortó la respiración y lo miré fijo.

—Muy gracioso —dije.

—Crees que es un gran héroe —me dijo Ted—. Pero permitió que muriera mi padre. No lo ayudó.

Entonces me enfurecí con el padre de Ted, al que habían matado en Anzio. Un hombre gracioso con cierta tendencia al maltrato, según las historias que contaba Ted. Mejor que no tuviera nada que decir en contra de él, porque en ese momento lo hubiera hecho. Había pasado una década, otra guerra inexplicable había sucedido desde entonces —la “acción” en Corea había ocurrido hacía apenas semanas—. ¿Por qué Ted mencionaba esto justo ahora?

—¿Qué pretendes de mí? —le dije.

—Que admitas que es un fracasado.

—¿Quién?

—Tu padre.

—¿Fracasado cómo?

—Para todo. Siempre.

—¿Por ejemplo?

—¿Logro que pararan la guerra con su arresto? ¿Logró desmantelar el gobierno?

—No se trata de eso —dije.

—Son puros gestos —dijo—. Pura pantomima.

—No lo es.

—Te la pasas acá sentada todo el día y crees saber cómo es el mundo real, pero no tienes idea.

—¿Con quién te crees que estás hablando?

—Con la reina de la pureza fingida.

Me metí en el departamento para sacarlo de mi vista, y luego seguí caminando, tras la puerta, cinco pisos hacia abajo, a la calle. ¿Cuánto me podría alejar? La calle tenía un aroma a basura descomponiéndose y a hollín. Nuestra calle, abrasadora, estaba en su momento de mayor silencio, porque todas las tiendas de dueños judíos cerraban los sábados, aunque en un tramo de la vereda jugaban unos chicos puertorriqueños, gritaban, se perseguían y se desafiaban. Había cometido un gran error al casarme con Ted. Nada parecía más claro. ¿Y ahora qué iba a hacer? Caminé hacia el este, cuadra tras cuadra de ladrillos desgastados, hasta que llegué donde terminaba la calle, y al otro lado de una lomada con pastos altos, las aguas brillantes del río asomaban como en un espejismo. Había luchado tanto para que estuviera conmigo. Había habido señales en todo momento, pero no les había prestado atención, podría haberlas notado, pero no quise. Pensaba que el mundo era amor, amor, amor.

Y si dejaba sus aposentos, ¿dónde viviría? ¿De vuelta a la pastelería? Estaba tan aturdida y tensa que me senté a pensar en bombas de crema y galletitas con pasta de maní, trataba de sossegar mis pensamientos, sueños insensatos, hasta que me asustó que la luz se fuera disipando y caminé a casa.

Cuando volví al departamento, Ted estaba tirado en la cama, boca abajo. Se dio vuelta cuando entré.

—Si quieres irte solo vete —dijo—. Puedes volver a lo de tus padres. Es lo más fácil.

Qué razonable sonaba, cuán ronco, cuán desesperado.

Podía liberarme en un instante si quería. Mientras asimilaba ese hecho, me escuché sollozar, a los gritos como una nena; hacía unos ruidos horribles de angustia total.

—No me hagasirme —logré decir.

Mi voz sonaba increíblemente ahogada y patética. Entre llantos logré decirle cuánto lo amaba, le dije que estábamos hechos el uno para el otro y que él también lo sabía, ¿o no? Yo sabía que sí. Las palabras fluían como si fueran verdad. ¿Mentía? Todo el tiempo que estuve hablando tuve la sensación de que tenía que ser muy convincente, tenía que actuar con la mayor de las convicciones posibles. ¿Pero lo creía? Sí y no.

Así hice feliz a Ted. Al son de mis aullidos, lágrimas y gimeos, se ablandó. Sus ojos perdieron ese cariz extraviado y faltó de vida y volvieron a su viejo brillo inteligente. Nos había alejado de un precipicio muy peligroso. Podíamos estar a salvo, era posible. Sopló hacia nosotros una brisa de alivio.

Todo ese sufrimiento tuvo buena repercusión en la cama, como si hubiéramos combatido juntos como compañeros y no como enemigos. Nuestras naturalezas se mostraron aún más despojadas. Solo teníamos que sacarnos la ropa para ser más audaces, menos inocentes. Sabíamos más, fuimos más allá. Nos sorprendió a los dos, y nos reímos luego de esa sorpresa.

Cuando Ted volvió a la escuela en septiembre, le dieron un curso más (¿podía estar aún más ocupado?) y yo estaba indignada por él, lo que le gustó. Cuando tuvimos que ir al acto de presentación de profesores, decidí mostrarme ansiosa por asistir. Me senté junto a otras esposas en el gran auditorio de madera y pisos vinílicos, rodeada por un mar de padres, mientras nuestros maridos se ponían de pie y daban cuenta de sus expectativas pedagógicas. Ted dijo que esperaba poder brindar a los alumnos cierta conciencia sobre lo poderosa que es la lengua inglesa. Un tal señor Sloan, cuya esposa estaba sentada a mi lado, dijo que creía que el álgebra refinaba todo pensamiento.

—Bueno, *algo* tienen que decir —me susurró ella.

—O invocar la quinta —dije yo.

A un profesor de latín de la escuela lo habían expulsado por invocar la quinta enmienda durante un interrogatorio en el que le preguntaron si había comunistas en el sindicato de maestros, y de inmediato me di cuenta de que, en ese contexto, eso no era un chiste. No fue nada gracioso. La mujer de todos modos sonrió.

—Por lo menos no dicen que van a encerrar a los alumnos revoltosos en un armario —murmuró—. Cuando yo era chica lo hacían.

—Algunos parecen necesitarlo.

—Ya lo creo —dijo ella.

—Mi marido los soborna para que se delaten los unos a los otros —dije—. Les da recompensas.

—¿Ah sí? —preguntó ella.

Alguien nos mandó a callar, y me sobresalté. Estuvo bien que me obligaran a hacer silencio. ¿En qué clase de persona me había convertido? ¿Por qué dejaba que el resentimiento se me escapara así? Si Ted había empezado a tirarles anzuelos y quería comprarse a sus alumnos de noveno, ¿a mí qué me importaba? Había que rogar que ella olvidara lo que dije, aunque: ¿por qué se tomaría la molestia de recordarlo? Me escabullí de la señora Sloan cuando todos fuimos al gimnasio a tomar ponche y galletas.

—Estuviste excelente —le dije a Ted.

—Ah, no fue gran cosa —dijo él.

*

Pero yo sabía en lo que me había convertido. Ante la más mínima oportunidad, en el primer instante en que fuera posible, delataría a mi esposo, así sin más. Hablar mal de él había sido tan fácil. Todos los días alguien era perseguido por negarse a

decir algo incriminatorio sobre los otros: los despedían o arrestaban o los ponían en listas negras por no ser lo suficientemente americanos y aun así mantenían la boca cerrada, por principios. ¿Y yo? Me desvivía por repartir por ahí hasta la más pequeña minucia que hiciera quedar mal al hombre con el que dormía todas las noches.

El señor Sloan era, de hecho, el vicedirector, algo que supe después. No eran buenas noticias. Ted estaba bajo un contrato anual, y si no se lo renovaban, ¿qué otra escuela lo aceptaría? Nunca me había comportado así antes de conocer a Ted. Quién sabía qué otra cosa podría revelar la próxima vez. *Mira lo que ha hecho de mí el amor*, pensé.

Una noche, después de una sesión de sexo perfecta y de que Ted se quedara dormido y yo estuviera en vela durante horas, me di cuenta, con horror, de que nunca había sido una buena mentirosa, pero ahora lo era. Me resultaba casi imposible quitarme la ropa y volverme hacia mi marido sin un cierto grado de cálculo y engaño. Yo, que había sido criada para ser siempre sincera, de alguna manera había aprendido sola a convertirme en una de esas mujeres que seducen y mienten para sobrevivir. ¿Cómo había pasado? *Esto es lo que hace que las relaciones carnales tengan mala reputación*, pensé, como si pudiera hacer chistes para mis adentros al respecto.

A lo mejor todos los matrimonios, si se les prestaba la suficiente atención, estaban asediados por turbias concesiones. A lo mejor los otros tenían más tolerancia a los arreglos que habían negociado, y así eran las cosas. Iba a tener que vivir siendo consciente de ese hecho. No era algo que quería gritar a los cuatro vientos. Tuve una mala noche, larga, con el sonido de fondo de la respiración sostenida de Ted y el de los camiones pasando por la calle. En los libros que me gustaba leer, y en los ideales políticos

de mis padres, la gente cambiaba cuando se daba cuenta de que había otra forma de ver las cosas, pero yo no iba a cambiar. No lo haría.

En primavera, Ted recibió notificación fehaciente de que no renovarían su contrato. No le dieron una razón —solo dijeron que otro maestro ocuparía su lugar— y algunas personas creyeron que fue porque mis padres eran comunistas, aunque no lo eran. Algunos dijeron que el vicedirector se había mostrado especialmente en contra de renovar el contrato de Ted. Me sentía tan mal que apenas podía contárselo a la gente, la voz se me quebraba cuando contaba la noticia. Ted, mientras tanto, y para mi sorpresa, asumió un vivaz tono irónico. Decía cosas como: “No necesitamos comer, ¿qué tiene de genial comer?” y “Me encanta vivir una experiencia que me temple el carácter” y (su favorita) “Explotado un día, despedido el siguiente”.

Qué poco lo conocía. Esa mezcla de soberbia dura como una piedra, combinada con una férrea valentía, no era en absoluto lo que yo habría esperado. Yo era la villana, la corta de miras, la mezquina, la traidora. Había incinerado nuestro pasaje a una vida decente y tranquila. Y ahora me ponía a dar largos discursos sobre los tiempos ruinosos en los que vivíamos, y de cómo los directivos del colegio estaban celosos de la forma estelar en que Ted daba clases.

—Ey —decía Ted—. Nos vamos a arreglar. No es el fin del mundo.

Él me reconfortaba a mí, mi esposo, al que le habían quitado el trabajo.

¿Qué podía hacer? Lo buscaba en la cama, tratando de brindarme a él y sosegarlo. Casi no lo dejaba descansar, no paraba de buscarlo para que lo hiciéramos otra vez. Me parecía lo mínimo que podía ofrecer en nuestra acuciante situación.

El hechizo funcionó también en mí. Emergía del sexo semide-
lirando, adolorida y agotada, como fuera de mí. Le susurraba:

—Eres el mejor de todos.

—Y tú eres mi chica.

—No tienen idea de lo que vales —dije.

—Olvídalos —dijo—. No están aquí. Somos solo tú y yo.

En nuestra habitación una sola luz tintineaba desde la vela
que había dispuesto junto a la cama.

—Mi padre es un fracaso —dije.

—¿Qué?

—Lo es.

—¿Por qué estás diciendo eso?

—Porque quiero.

—Shhh —dijo—. Calma, ¿sí? No pasa nada.

Si no quería escuchar nunca más una cosa así, había otras cosas
que sí quería. Quería completo silencio mientras leía durante
horas, quería ganar cualquier discusión sobre cualquier asunto,
desde traductores de Tolstoi hasta los efectos del armisticio en
Corea, y yo lo dejaba. Cuando mis padres nos ofrecían cenas nu-
tritivas, él seguía con sus chistecitos y ocurrencias sobre lo que
había pasado. “Explotado un día, despedido el siguiente”, decía
(de nuevo). Todos reían. Ahora les caía mejor. Mi hermana dijo:

—Desearía que fueras maestro en *mi* escuela.

Mi padre le servía cerveza y hablaba con él sobre las purgas
y todo el revuelo y le tocaba el hombro, algo que a Ted parecía
agradarle. Después de todo, le faltaba su propio padre.

*

¿Pero qué íbamos a hacer? ¿Y yo? Mi madre me dejó usar su
máquina de escribir para tipear las cartas de presentación para

puestos en estados donde no lo conocieran. Qué desastre había hecho. En junio Ted dejó de percibir su salario.

Le dije que iba a preguntar si necesitaban a alguien en la pastelería, y me sorprendió un poco que él no lo objetara. Volver a *Lo de la señora Plymouth* como mujer casada me hizo bajar a tierra —“pensamos que no te volveríamos a ver”, decían los clientes—, pero aun así disfrutaba el aroma a manteca, los estantes de cristal adornados, incluso los delantales a rayas y esas tontas redecillas para el pelo, era una versión azucarada y más ordenada de mi hogar.

Mi madre decía que no había ninguna vergüenza en tener poco dinero.

—*Au contraire* —dijo Barbara.

Yo llevaba a casa galletas rotas y facturas algo gomosas que nos llenaban y nos hacían sentir aún más pobres.

Ted sugirió que le trajera las tortas que sobraban del día anterior a la familia Ramírez, al otro lado del pasillo, y sus hijos nos amaron después de eso. Amaba a mi marido pobre más que nunca. Estar en la ruina sorprendentemente lo mejoró. Había leído que cosas así suceden, pero nunca había visto un caso en la vida real. Le dijo a Maxie:

—No podría haber elegido una chica mejor que Louise para que me acompañe mientras estoy desempleado.

Pero a Ruthie le dije que, en realidad, no estaba segura de poder sostener ese papel solo con amor. Estábamos tomando una paleta en el parque, cerca de un sector con césped que nos gustaba.

—¿Y si lo tengo que seguir al exilio en Siberia? —dije.

Ted acababa de enviar una postulación a Provo, Utah, un lugar que no podíamos resistir llamar “La estepa”.

—¿Lo abandonarías en un momento así? —me preguntó.

Nadie que conociéramos lo haría. En Hollywood quizás, en las revistas baratas, pero no en nuestros barrios.

—No —dije—. Pero lo soportaría sin una pizca de amor. Sería una de esas esposas amargas, sacrificadas y sarcásticas.

—No. Tú no lo harías. Amas a Ted —dijo Ruthie.

Ella ahora tenía novio y tenía ilusiones de casarse, y ahí estaba yo preocupándola.

Pensé en cuando mi madre me había dicho: “vendida al primer postor”, cuando quiso advertirme sobre los riesgos de arrojarme demasiado rápido al abismo del amor. Pero si el amor no echaba el mundo a andar, ¿qué nos quedaba?

Un mes después estaba haciendo las maletas, pero no para Utah, sino a Okinawa. El trabajo que apareció fue para que Ted enseñara lengua y literatura a chicos estadounidenses en una base aérea en Japón. Él dijo que todos los estadounidenses adoraban el lugar, y que todavía había miles de compatriotas en Japón. Y sus hijos necesitaban la atención de mi esposo. Mi madre estaba muy angustiada.

—Estarías viviendo *adentro* de una base militar —dijo—. ¿Quieres eso? No quieres eso.

—¡Aprenderé japonés! —dije.

Aunque decían que la gente rara vez salía de la base, yo soñaba con emitir nuevos sonidos.

—Tengo que acompañar a mi marido —le dije.

—Él no tiene que ir hasta allá.

Yo quería ir. Me sentía superior a todos los demás porque sabía que iba a ir.

—Tú acompañaste a papá —le dije.

Mi padre no dijo mucho, pero claramente estaba muy decepcionado. Me miró a los ojos y después corrió la mirada.

¿Acaso no tenía principios? Mi hermana me dijo:

—¿Sabes dónde te estás metiendo? Los aviones que bombardeaban Corea salían de ahí, por Dios.

Ted y yo teníamos un ánimo resplandeciente. ¡Japón! Hablábamos durante horas sobre qué llevar, leímos *El crisantemo y la espada*⁵ y un libro de *haikus* que había en la biblioteca. Encontré una receta de *sukiyaki* y sofrí pedazos de carne en una sartén con brotes de soja.

—A veces la mala suerte se convierte en buena suerte —dijo Ted.

Los dos estábamos convencidos de que el destino nos estaba ofreciendo una inigualable oportunidad: todo estaría bien, y todo sería mejor de lo que imaginábamos. Empezaríamos nuestro gran escape. Nos dormimos tomados de la mano.

Mi hermana me dijo:

—Nunca me imaginé que te comportarías así.

Viajaríamos por barco desde California y teníamos que enviar todo en baúles y cajas. ¿Cómo era el clima allá? En el resto de Japón parecido a aquí, pero en Okinawa un poco más caluroso. Y leí que los japoneses creían que su país era el único que verdaderamente tenía cuatro estaciones, algo tierno de su parte. Estaba eligiendo qué libros dejarle a Ruthie cuando Ted entró gritando:

—¡No lo puedo creer!

Habían llegado unos papeles con membrete oficial: Ted había pasado el control de seguridad para vivir en la base, pero su familiar Louise Buckman Pfeiffer no tenía permitido el acceso.

—¿Sabías algo de esto? —grité.

5 Libro de la antropóloga Ruth Benedict, escrito para describir y explicar el comportamiento japonés a los estadounidenses durante la Segunda Guerra Mundial. El libro, tan controversial como influyente, moldeó la percepción occidental de Japón durante el siglo XX, e incluso hay quienes afirman que influyó en la autopercepción de los propios japoneses en la posguerra. [N. del T.]

Jamás había escuchado algo así. Pero, vamos a ver, ¿qué sabía yo de nada?

—A lo mejor me dan trabajo limpiando pisos en tu pastelería —dijo Ted con desazón.

Detestaba al gobierno. Mis padres tenían razón. Siempre tuvieron razón.

—Deberías ir sin mí —dije.

Estaba enojada con Ted por haber querido viajar ahí.

—Deberías ir igual, como si te hubieran encomendado una misión militar.

Ted me abrazaba.

—Eres la persona más maravillosa.

Estábamos pegajosos por el calor del verano, y el aroma de su piel se sintió punzante y familiar mientras me abrazaba.

Estaba listo para zarpar hacia Japón sin mí, y pensaba que yo era noble. Me sentí una loca.

Podría haber impedido que viajara, pero no lo hice. No paraba de decir: “No hay muchas esposas como tú”, como si fuera el parangón de un ilustre sacrificio.

—Es que soy maravillosa —respondí una vez y a él no le importó mi ironía.

¿Por qué habría de importarle? Él iba a tener su aventura. Era yo la derrotada, a la que habían engañado. Ted, en esas últimas semanas, pareció convencido de que yo era un tesoro que él había tenido la suerte de encontrar. Me miraba moverme por la casa y decía:

—Eres especial.

Me abrazaba durante minutos enteros, y yo sentía en el pecho mi corazón palpar por él. Me iba a extrañar. Yo estaba asustada y lo decía, pero él lo entendió como otro indicio de mi valor.

Los primeros meses sin él fueron atroces. Tuve que mudarme otra vez al departamento de mis padres, y solía quedarme en vela en mi viejo dormitorio, con Barbara dando vueltas en la cama de al lado, y todo me resultaba intolerable. La ausencia de Ted era como un peso en cada uno de mis miembros, y mi pobre cuerpo estaba asolado con toda esa añoranza inútil. Ted hizo una llamada telefónica muy cara para avisarme que había llegado.

—La base es horrible —dijo, aunque sonaba encantado.

Pasaron tres semanas hasta que me llegó una carta (*Cuando salgo a caminar, ¡veo búfalos en los campos! Hay muchas lagartijas y mosquitos. Los estudiantes son fáciles. ¡No necesito sobornarlos!*), y yo le escribía todos los días (*El clima de otoño todavía es bastante cálido y Bárbara quiere estudiar literatura francesa, algo muy práctico*). Mi padre dijo:

—No puedo soportar el hecho de tener un yerno dentro de una base militar.

Y, a decir verdad, yo coincidía con él. Toda la situación era humillante.

Mi trabajo en la pastelería no era muy exigente y las horas se me hacían muy, muy largas. Comí demasiadas madalenas. Mi madre sugirió que llevara las interminables sobras que producíamos a la sede del movimiento Catholic Worker en la calle Chrystie, que administraba Dorothy, su amiga. Dorothy casi nunca estaba ahí, la casa de acogida estaba llena de viejos quejosos o jóvenes dementes, alocados, personas dañadas por la vida, que se paseaban por las habitaciones del viejo edificio mientras los omnipresentes crucifijos en cada pared los miraban desde arriba. Eran exactamente el tipo de personas de las que todo el mundo huye. Todos —los miembros del equipo y los residentes— se emocionaban cuando veían llegar las cajas con las sobras de pastel.

—¡Es Louise! —gritaban cuando cruzaba la puerta.

Una vez una mujer se puso a saltar en círculos hasta que alguien se acercó a calmarla.

¿Y yo en qué creía? Mi madre solía decir que mi ideología estaba movida por mis hormonas, una simplificación insultante de mi historia. Lo cierto es que tanto el pensamiento como la lujuria me habían dejado en claro que el amor era mucho más sólido que todas las otras nociones del mundo, y que nada de lo que hiciéramos podría traer justicia al mundo (¿para qué molestarse?), así que no había satisfacción alguna en luchar por ella. Ahora, mi situación era otra.

Ted me escribió: *Desearía mucho, mucho, mucho que estuvieras aquí*. Bueno, no estaba. Su contrato era por dos años, y tenía un viaje anual pago para regresar a casa. ¿Cómo podía ser que tuviera fantasías íntimas con alguien que me producía tanta indignación? En la pastelería, me quedaba con la mirada perdida durante largo rato, quizá demasiado rato. Nos pagaban muy poco, y algunas de las mujeres mantenían su hogar con esa paga.

—Despierta, Susie Q —me gritaban.

Cuando le conté que me iría de la casa de mis padres, en la que no pagaba alquiler, para mudarme a un departamento de un dormitorio al este de la calle 3, Ted pensó que me comportaba de forma “cortoplacista y abrupta”. La bañera estaba en la cocina y el inodoro en el pasillo.

—¿Sola? —preguntó Ruthie—. ¿Nadie más que tú?

—Pensé que querías ahorrar —dijo mi madre.

Nadie pensaba que fuera una buena idea, y a lo mejor tenían razón. ¿Pero cuánto tiempo más podría quedarme con Barbara en mi antigua habitación? Hice mi mejor esfuerzo para que mi nueva casa se viera interesante. Trabajé en la decoración, pinté una pared de un naranja coralino y puse un póster del *Guernica*

de Picasso, con esas figuras retorcidas. Al principio no lo sentí un hogar para nada, pero pensé que más adelante podría serlo y tuve razón. Me habían criado para amar la libertad (otra forma de libertad, pero la mía también tenía sentido) y mi orgullo me había llevado lejos. A veces, con solo ver mi mesa, donde leía lo que se me diera la gana mientras comía, llegaba a una especie de éxtasis. Nadie me creía.

*

Para Acción de Gracias, mi padre nos llevó a todos a una pequeña marcha en apoyo al sindicato de trabajadores de la industria automotriz en la planta de acero de Kohler, en Wisconsin. Mi madre preparó un termo con sidra caliente para asegurarse de que Barbara y yo no sintiéramos frío. El clima estaba soleado y la temperatura no era tan baja para la época, y conocíamos a mucha de la gente que marchaba, así que fue una tarde bastante festiva. SEA SENSATO: NO COMPRE INSUMOS DE PLOMERÍA KOHLER, decía mi cartel.

¿Y cómo había pasado las fiestas Ted con sus compatriotas en Japón? Nada mal, pero me extrañaba. Cuando me llamó, su voz sonaba como si hablara desde abajo del agua. Tenía que ir al club de oficiales, donde todos tomaban cantidades ingentes de whisky y cantaban “Over the Meadow and Through the Woods” todos juntos. Un sargento no paraba de imitar a un pavo. “Gluglú, gluglú”. Sí, sí, lo extrañaba, pero en el fondo me alegraba de no tener que estar ahí.

Y así siguió. Nos extrañábamos febrilmente y tratábamos a solas nuestros resentimientos. Estaba desperdiciando mi juventud, y Ted decía que estaba exiliado por culpa de mis padres. Claramente un poco le gustaba el exilio. (*Acabo de probar los fideos que hacen aquí con caldo de pezuñas de cerdo*, escribía.

¡*Muy rico!*). Para distraerme, tomé un curso nocturno en Hunter sobre amor y dinero en la novela de la época victoriana. Estaba más grande y hablaba más en clase, y tenía opiniones sobre Becky Sharp.⁶

Arigato significa “gracias” en japonés, escribía Ted, y *konnichiwa* es “hola”. En primavera, Ted fue el entrenador del equipo de softball de la escuela. Nunca lo había visto jugar al softball en mi vida. Dejamos de pelear durante nuestras llamadas, pero no siempre entendía de lo que me hablaba. Me hice amiga de dos chicas del curso en Hunter y salíamos a tomar té después de clase y opinábamos sobre la ceguera de Rochester. Qué bien se sentía volver a mi habitación, a su quietud al final de la noche. Pensaba en Ted, pero no se sentía tan mal estar separados. Me daba cuenta de que él pensaba lo mismo.

—¿Cómo hiciste? —me preguntó, cuando vio mi departamento durante su regreso triunfal a casa en agosto. Nos habíamos dado un abrazo interminable en la puerta, pero él estaba un poco impactado por la pared color naranja coralino y la bacha a la vista.

—A mí me gusta —dije.

Todavía tenía el gusto de su boca en mis labios, la frescura de la sorpresa.

—Me imaginaba algo distinto —dijo él.

Pero nos fue muy bien, dadas nuestras particulares circunstancias. Una vez que nos sacamos de encima nuestros pendientes en la cama, volvimos a ser una familia, disfrutando el lujo de tenernos el uno al otro. Me había olvidado de la especificidad del sexo con Ted, sus particularidades. Todos mis anhelos no eran un recuerdo sino una versión tenue. Qué poca fuerza tiene la imaginación.

6 Personaje de *Vanity Fair*, de Thackeray, clásica novela victoriana [N. del T.]

—En Japón se bañan por la noche, piensan que es raro que nos duchemos por la mañana —me contó Ted.

Disfrutaba darme esos pequeños reportes. Me generaban curiosidad, pero no tanto como él creía.

—Comen carne de caballo cruda, no solo pescado crudo, ¿no es increíble? —decía—. Pero son muy limpios. La base está impoluta.

El imperialista bonachón de mi marido. Sobre mis clases no dije mucho, no me interesaba escuchar lo que él creía saber sobre Dickens.

El reloj no se detenía, solo teníamos dos semanas para estar felices juntos. Requirió concentración, pero nos fue bien. Lloré en el aeropuerto —mi propia vida me daba tanta tristeza—, pero dije:

—No me prestes atención, soy una tonta —como si de verdad fuera la mujer de un soldado.

En la pastelería, una de las viejitas me molestaba con las *geishas* que hay allá y me decía que lo más inteligente sería traer una pequeña alegría al hogar para mantenerlo atado. ¿En serio la gente decía cosas así? No pude decirle: *Amo a mi esposo, y no voy a hacerle eso*. Además, como todo el mundo sabe, no se puede estar un poquito embarazada.

Ya hacía tiempo que no le escribía una carta a diario y durante el segundo año ni siquiera cumplía siempre con mi compromiso de escribir una por semana. Cuando llegaba su cheque mensual, le respondía: *Gracias por su generosa contribución a la célebre fundación A Louise Le Gusta Comer*. No necesitaba el cheque para pagar el alquiler. ¿Era esto lo que nos mantenía juntos, que todavía me mandara dinero? A veces él escribía: *Sé que siempre le encuentras provecho*, como si fuera un extra. *Me encanta tu*

gusto para elegir el papel de tus cheques, respondía. Ese tinte verdoso le queda bien a todo.

Manténía un escandaloso coqueteo con uno de los panaderos del turno noche en *Lo de la señora Plymouth*. Él llegaba durante mi última hora de trabajo, y a veces cuchicheábamos en la cocina. Su nombre era Trevor, había nacido en Trinidad, y yo le dije que lucía como Harry Belafonte (en serio se parecía). Era muy cuidadoso conmigo, cuando lo felicitaba por su manejo de la masa él me miraba siempre agradecido y de forma apropiada. Mis fantasías con él empezaron a bloquear mis fantasías con Ted, lo que se sentía bastante raro. ¿Y qué importancia tenía, si todo ocurría únicamente en mi cabeza? Pero una noche le pregunté a Trevor cómo eran sus días, si dormía durante todo el día, y de alguna manera terminé invitándolo a cenar el lunes, cuando la pastelería estaba cerrada.

Se vistió muy bien para esa cena, tenía una camisa planchada de un estupendo azul pálido, y hablamos sobre los inviernos en Trinidad —“Ah, sí, puede hacer más de treinta grados” — mientras yo freía lenguado y hacía puré de papa.

—Me gustan los colores de tu casa —dijo él—. Es chica, muy chica, pero la haces lucir hermosa.

Tuve que insinuarme un poco —me pegué contra él mientras pasaba hacia la cocina—, pero después de eso fue fácil. ¡Nos fuimos a la cama! Nunca pensé que tendría otro amante además de Ted, y estaba sorprendida de mí misma, incluso después de haber ensayado esta escena mil veces en mi cabeza. Era diferente a Ted, hacía más cosas, además era más atrevido y alegre. Pensé que era una descocada, pero había elegido a una persona buena para serlo. *Podré hacerlo, pensé, tengo suerte.*

Esto siguió durante varios meses, aunque Trevor siempre tenía miedo de que lo despidieran si se enteraban en la pastelería. Eso

era totalmente posible —no teníamos sindicato— y los dos sabíamos bien todas las cosas terribles que podían pasarle si alguien se enteraba. Casi no hablábamos sobre nuestros colores de piel, el tema más delicado.

—Felices, pero sin futuro —decía sobre nosotros.

—Ya sé, ya sé —respondía yo.

Jamás salíamos a la calle juntos, nunca íbamos a otro lugar que no fuera mi casa. Los chicos del edificio se reían nerviosos cuando nos veían pasar por el pasillo y algunas veces hacían algo peor. Eran tan solo unos niños, pero yo los odiaba. Nos mantuvimos fuera de vista, asumiendo que éramos un escándalo de pareja.

—¿Sabes qué tengo en Trinidad, cerca de Puerto España?

—No —respondí.

—Sí que sabes. Una esposa.

¿Por qué me estás contando esto? No lo sabía, pero no me impactó más allá del primer minuto. Yo tenía esposo, ¿o no?

—Se llama Hyacinth —dijo él.

Que quisiera invocar su nombre no era una buena señal. Seguro era una pobre chiquilla, sentada todo el día en la cocinita de su casa, esperando las remesas de Estados Unidos.

—Así son las cosas —dijo él.

¿Ah, sí? Quería que lo liberara antes de que las cosas se complicaran para ambos. Quería que fuera comprensiva al respecto.

—Entonces, es hora de decir adiós, ¿no? —dije.

—Lo siento mucho —dijo él.

Al menos tenía modales.

Cuatro semanas después, si nos cruzábamos en la pastelería, apenas nos hablábamos. Cuando los dos nos movíamos por la cocina e intentábamos no cruzar miradas sentía que la vida nos insultaba, a ambos. Hacía un gran esfuerzo por no prestar atención a su particular tonada en inglés cuando hablaba.

Una noche no lo vi aparecer durante su turno, y una de las chicas que atendía el mostrador me dijo que había conseguido otro trabajo.

—¿Cuándo? —pregunté—. ¿A dónde se fue?

Nadie sabía el lugar adonde había ido a parar (“¿Por qué tendría que saberlo?”, decían) y no pude evitar preguntarles a todos y cada uno de los empleados.

Ruthie quiso saber:

—¿Estás triste? Estoy preocupada por ti.

—Diría que no. No triste. ¿Luzco apesadumbrada? —dije—.

Un poco venida a menos, quizá.

—¿Acaso no tienes corazón? —dijo Ruthie—. Es una broma.

*

Ted escribió:

¿Y sabes qué es lo interesante de los japoneses? Lo enfocados que son para cada tarea. Se concentran de una forma muy pura. ¡También me gusta mucho el sake!

A decir verdad, no fue una sorpresa cuando empezó a insinuar en sus cartas, al final de su segundo año, que tenía intenciones de quedarse. ¿Qué opinaba yo? ¿*Qué clase de persona quiere vivir en una base aérea?*, pensaba. Todavía pensaba en Trevor a diario, pero un poco me había interesado en un tipo con el que había hablado para organizar un sindicato en la pastelería. Trabajaba para el Congreso de Organizaciones Industriales, viajaba para visitar los sindicatos que eran miembros de la organización, estaba todo el tiempo en la ruta. No habíamos hecho nada más que charlar, pero él me llamaba desde Duluth o Sioux Falls y me hacía chistes tontos. Así que estaba claro que la vida me daría oportunidades. *Si de verdad piensas que te necesitan...*, le respondí a Ted.

Eres una esposa tan especial, me escribió él. Es duro para los dos, pero me van a dar un aumento y podré enviar un poco más de dinero.

—Cómo es posible que te tenga así, congelada —me dijo Ruthie.

Pensé que Ted probablemente tenía una amante japonesa, o quizá se veía con una secretaria estadounidense de la base, alguien con quien no pretendía casarse. No estaba enojada con él por eso. Le decía a la gente que se quedaba en Japón porque seguían aumentándole el sueldo y a veces decía que su trabajo le resultaba muy satisfactorio.

—Es algo muy inusual —dijo mi madre.

—¿Es un delito? —pregunté—. ¿Inusual? Pensé que justamente era eso lo que te interesaba.

*

Ted volvió en julio de ese año, a tiempo para la boda de Ruthie. Tuve que llevarlo, no podía dejarlo solo en casa. Y ahí estábamos, sentados uno al lado del otro en una sinagoga, con Ruthie en un vestido de organza blanco caminando en dirección a un tal Bob por el que estaba loca de amor. Me hizo llorar como a todos los demás, pero al mismo tiempo pensaba que todo era una farsa. ¿Por qué someterse a un ideal tan irrealizable? Miré de reojo a Ted, vestido con un traje azul marino que nunca le había visto y para mi sorpresa me tomó de la mano. Nos llevábamos bien en casa, pero no hablábamos mucho. Ahora me acariciaba los dedos, un viejo gesto de dulzura. *Se siente agradecido*, pensé.

Y así siguió. Cuando se fue, empecé a estar con Mick, el tipo de los sindicatos, que era muy encantador y nunca pasaba en la ciudad más de un mes entero. Estaba acostumbrado a hablar con todo tipo de personas, y una vez que lo sacabas de su rol político,

contaba muy buenas historias. Sobre el tipo que tenía un perro que sabía la hora, o la mujer que cantaba en dos idiomas a la vez. Mick podía hablar todo el día.

Estaba muy encariñado conmigo y no le gustaba cuando les prestaba más atención a las clases nocturnas o a los trabajos pendientes que a él, pero a mí no me importaba. Decía:

—Amorcito, una noche nada más.

Y yo podía decirle, sin demasiada malicia:

—Dulce, no soy tu esposa.

Ted pagaba el alquiler y, así las cosas, no había razón para quitarme el anillo de bodas. Tenía la protección de un esposo sin la molestia de que él estuviera aquí. Todo el mundo pensaba que tarde o temprano la burbuja explotaría.

*

Entretanto, Mick y yo, después de mucho trabajo, conseguimos que el sindicato de pasteleros y confiteros ingresara a *Lo de la señora Plymouth*, para disgusto del viejo corpulento del dueño (la tal señora Plymouth era un cuento). El dueño estaba muy decepcionado de mí y me habría despedido de haber podido (¡era ilegal!), pero de todos modos yo estaba de salida, porque, vaya a saber cómo, había conseguido terminar la universidad.

Mi madre quería confeccionarme un vestido para llevar a la ceremonia de graduación, una idea terrible pero tierna. Mi padre estaba inmensamente feliz. Una de sus gatitas tendría un diploma.

—Al final lo hicimos bastante bien, ¿o no? —decía todo el tiempo.

Mick, quien no era un secreto para mi familia, se sentó a su lado en la ceremonia. Eran grandes amigos.

Ted escribió: *Felicitaciones para mi brillante esposa.*

Conseguí un trabajito de recién graduada en literatura como correctora de una revista para mujeres, donde leía tonterías todo el día (“veinte trucos ingeniosos con servilletas de papel”) y era buena encontrando errores en las recetas de pastelería, algo sobre lo que sí sabía. Mis habilidades como correctora me catapultaron a un trabajo mucho mejor en el Sindicato Nacional de Marineros Mercantes (en realidad, Mick conocía a alguien ahí), donde revisaba el boletín de noticias y algunas veces lo reescribía casi por completo, tras lo cual me incluyeron en el encabezado como editora.

¿Y Ted? Cuando me mudé a un departamento mejor, me escribió: *No lo pongas tan lindo, así no me resulta irreconocible. ¿Cuánto tiempo podíamos seguir con esto? Saqué tus sábanas favoritas, escribí, y están ahí en la cama esperándote.* Ted respondió: *Extraño como loco esas sábanas.* ¿Me importaba que Ted no volviera a casa ese año? Pensé que me importaría. Dijo que estaba ahorrando para mejorar su vivienda, o algo así. Se mantenía leal con sus aportes mensuales, lo que sea que eso significara. Mick tampoco andaba cerca, estaba trabajando en Idaho por unos meses, y resultó ser un verano largo y desolador.

—No te lo tomes a mal —me dijo Ruthie—, pero creo que eres una idiota.

—Ahora está todo bien, pero ¿y si te enfermas? —preguntó mi madre—. Más adelante, quiero decir. ¿Y si necesitaras ayuda y no tienes a nadie?

Mi salud tenía todas las probabilidades de seguir siendo excelente por un tiempo más, una vez Mick me había hecho una chocolatada caliente la única vez que tuve un resfrío y todos sabemos que las mujeres, a fin de cuentas, vivimos más que los hombres.

—Un día —dijo mi madre— tendrás que decidir.

Muchas personas en el Sindicato de Marineros conocían a Mick, pero mi nombre seguía siendo señora Pfeiffer para ellos. Jamás mentí sobre ningún aspecto de mi vida cuando me preguntaban y a causa de eso me consideraban sincera y muy directa. Imagínense. El trabajo me sentaba bien: los recios sindicalistas con sus trajes arrugados, los marineros haciendo trámites y las mujeres sin pelos en la lengua en la oficina. Y cada día me sentía afortunada de contribuir a aliviar la carga aplastante que imponía el lucro voraz sobre el cuello de los trabajadores. El boletín de noticias era un poco ñoño, pero yo hacía lo que podía.

*

Varias personas me señalaban el hecho de que no iba a ser joven para siempre, pero fui joven durante un largo tiempo. Mick y yo fuimos a hacer senderismo al Gran Cañón, y otro año fuimos a caminar por la nieve en Utah, que resultó ser un estado adorable. Mick, quien alguna vez había trabajado como lo que mi madre llamaba un “estibador”, solía preferir las actividades físicas. Me gustaba más de lo que creí, y durante un tiempo fui a tomar clases de patinaje sobre hielo a una pista en una terraza en el centro de la ciudad. *Siempre me sorprendes*, escribió Ted. *Estoy imaginándote en unas de esas polleritas cortas.*

Uso pantalones sueltos, respondí.

Okinawa tenía un clima subtropical y la temperatura nunca bajaba de los diez grados. Ted decía que extrañaba la nieve, pero yo no le creí.

Aunque estaba bien entrada en mis treintas, la gente pensaba que era mucho más joven. Los hijos de Ruthie me llamaban Tía Lulú, como si fuera una tía de historieta. Les

encantaba venir a mi departamento —mucho más grande que el anterior, con pisos pintados de azul, y el *Guernica* había sido reemplazado por un Matisse—, pero nunca se creían eso de que vivía sola. ¿En serio nadie más vive aquí? ¿No estaba mintiendo?

Lo que no me gustaba, de hecho, era que Mick apareciera de la nada sin siquiera avisarme antes.

—Tengo reglas —dije, pero él las ignoraba.

Siempre me alegraba verlo, así que lo dejaba entrar, pero esa sensación de injusticia se colaba por otros lados. Peleábamos sobre cuánta carne para hamburguesas comprar o cuál tienda era cara o cuál de los dos era el más egoísta.

Una vez tuve que avisarle que Ted, mi esposo, vendría en agosto. Ted volvía a Estados Unidos cada cierta cantidad de años, y siempre se quedaba en mi casa. Lo daba, como se dice, por sentado. Y Mick tenía que entender que debía mantenerse lejos. ¿Era tan difícil?

—Siento que me estás pidiendo que me vaya de paseo —dijo Mick—. Muy amable.

Una cosa notable de Ted era que no parecía cambiar, sin importar el tiempo que pasara. Bueno, sí, siempre había un instante en el que me sorprendía de lo viejo que se veía, y empezaba a hablar sobre cosas de su última visita que yo había olvidado completamente, pero nos acostumbábamos el uno al otro de inmediato. Nos íbamos a la cama ni bien llegaba (la misma cama, la del respaldo de arce) y nos quedábamos ahí tirados hablando como si estuviéramos retomando una conversación del día anterior. Me tomaba la mano y me acariciaba los dedos.

—Ey, Louise —decía—. ¿Cómo va?

Era todo muy sentimental.

Ruthie siempre me preguntaba:

—¿Qué se piensa, que es tu dueño?

Ella sabía que me habían criado para ser muy consciente de la propiedad. La propiedad es un robo, es la explotación de los poderosos sobre los débiles.

—Lo que quieres decir, en realidad —aclaraba yo—, es que debería ejercer mi derecho de propiedad sobre él. Traerlo de vuelta, hacerlo mío.

—A lo mejor podrías.

—No hay sustituto para la libertad, no debe haberlo —dije.

Era una vieja cita de Rudolf Rocker, un anarcosindicalista que mi padre adoraba. Nunca me pareció demasiado interesante o siquiera verdadera —¡era solo un eslogan!—, pero para mí se había vuelto cierta. O cierta a veces. Mi madre se habría retorcido al escuchar ese “a veces”. Yo les solía decir a mis padres que yo no era la ideóloga de nada.

—Entonces, ¿qué eres? —preguntaría mi madre.

—No soy una hipócrita.

—Eso es básico —dijo mi madre—. No estás respondiendo. Pero realmente lo creía. Me gustaba en lo que me había convertido. A fuerza de prueba y error.

Cuando me acerqué a los cuarenta, tuve una gran pelea con Mick, sobre lo de siempre. Él quería que tomara un vuelo a St. Louis para verlo durante un fin de semana largo.

—Resulta que tengo un empleo —dije—. No puedo irme así nomás.

—Yo pago, belleza —dijo—. Invito yo.

—¿Y? Por favor. Ese no es el problema.

—¿Sabes cuál es el problema? —dijo él—. Que soy la única persona a la que no tomas en serio.

¿Un hombre al que veía cinco o seis veces al año me estaba hablando de seriedad?

—Si tu maridito moviera un dedo para invitarte a Japón, tomarías el primer vuelo.

—¡No me interesa ir a Japón! ¡Para nada!

De verdad no me interesaba, a esa altura ya no.

—St. Louis es una gran ciudad. Tiene el arco, tiene a los Cardinals. Solo le faltas tú.

Y viajé por esos cuatro días, para calmarlo. St. Louis estuvo bien, pero ni bien llegué empezó a insistirme en que me quedara un día más, y me ofendió que fuera tan ladino. ¿Creía que iba a descuidar mi boletín solo por él? No fue un buen viaje y Mick, después de eso, dejó de llamar tan a menudo.

Pero Mick no desapareció del todo. A mitad de la noche se le ocurría que necesitaba hablar conmigo, o de vez en cuando lo dejaba pasar por casa cuando estaba en la ciudad. Así que no estaba completamente soltera. Mi soledad tenía cierto gustito, un dejo de lejana admiración. No estaba mal recibir esas llamadas de la nada, besos a través de la línea. Luego me quedaba despierta hasta tarde, leyendo en la cama, con su compañía en el aire en medio del silencio de la habitación. Mi habitación.

Ted no era tan viejo cuando decidió “jubilarse” de su trabajo como maestro en Okinawa y establecerse allá como tutor privado de inglés. Podía ganar un sueldo decente cobrando por hora y deseaba, dijo, poder vivir de otra manera en Japón. No era demasiado caro mantenerse para un estadounidense, y seguiría enviando dinero, aunque un poco menos.

No me preguntó exactamente qué me parecía. De hecho, la suma que enviaba por correo todos los meses no había cambiado sustancialmente con los años y a esa altura era bastante exigua. Mi propio salario se había ido actualizando con los razonables y esporádicos aumentos, así que el cambio no me perjudicaría,

¿no? Mi madre estaba tremendamente indignada y me habría urgido a demandarlo si no fuera porque no cree en el gobierno. De hecho, me dijo:

—Te debe mucho más.

Ted iba a mudarse a la ciudad, fuera del límite enrejado de la base (de la que mi madre siempre hablaba como si se tratara de una prisión). Le envíe un juego de cortinas para su nueva casa, con un motivo de figuras geométricas muy conciso que pensé le gustaría. No sabía muy bien qué cosas le gustaban a esa altura, pero algo sabía.

Después me quedé preocupada de haber elegido mal el tipo de tela.

—Eres tan rara —me dijo Ruthie—. Mejor cómprate un sofá nuevo.

Estábamos hablando por teléfono esa vez, y me puse a mirar mi departamento. Me gustaba todo lo que había en él, desde el suelo que había pintado con un tono de azul que lo hacía lucir muy bien, hasta la lámpara cromada y el cuenco de naranjas que relucía en la mesa. Estaba secretamente fascinada con su impúdica decoración e historia. ¿Qué necesitaba? No había nada malo con mi sofá, antes había estado en la sala de estar de mis padres. Ah, mis queridos y testarudos padres. Una nunca sabe a qué cosas le será fiel durante la vida, ¿no? Es cierto, no tenía lo que tienen otros, lo sabía, sin embargo, no podía pensar en una sola vida ajena que envidiara —en serio, no podía—, aunque tenía muy claro que jamás lograría convencer a nadie de aquello.